

POLÍTICA DE LA CULTURA DEL MARTINATO

RAFAEL LARA-MARTÍNEZ



Serie
Bicentenario

 Editorial
Universidad Don Bosco

Editorial Universidad Don Bosco

© 2011

© Lara Martínez, Rafael, primera edición 2011

Colección Investigación

Serie Bicentenario

Apartado Postal 1874, San Salvador, El Salvador

Diseño: Melissa Beatriz Méndez Moreno

Hecho el depósito que marca la ley

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, electrónico o mecánico sin la autorización de la Editorial

ISBN 978-99923-50-31-7



Editorial
Universidad Don Bosco



ÍNDICE

Prólogo.....	I
Palabras liminares.....	1
Crónica de encuentro con el “Pulgarcito de América”.....	7
Armas y letras. Principios de “la política de la cultura” del martinato.....	69
Salarrué en Costa Rica (1935). Indigenismo en pintura y disemi- <i>Nación</i> de la política cultural del martinato.....	147
Política de la cultura. Martínez y el indigenismo.....	183
Índice analítico.....	207

SOBRE POLÍTICA DE LA CULTURA DEL MARTINATO

Luis Alvarenga
Universidad Centroamericana (UCA), San Salvador

El largo período dictatorial del general Maximiliano Hernández Martínez (1931-1944) ha dado pie a numerosos ensayos de interpretación, sobre todo, en lo político. El trabajo que presenta hoy Rafael Lara Martínez propone aproximaciones novedosas al martinato desde una perspectiva cultural, que, sin lugar a dudas, puede ayudar a una comprensión de la complejidad de aspectos de la dictadura del general teósofo.

En la investigación de Rafael pueden verse las raíces intelectuales del martinato y de su política racial. Demuestra que no fue el producto de un puñado de militares de inclinaciones fascistas, sino de un complejo entramado social que tuvo también su expresión intelectual en la producción de la revista del Ateneo. De ahí que las leyes que prohibían el ingreso de extranjeros al país por motivos raciales no fuera un delirio de Hernández Martínez sino el resultado de un pensamiento fascista que ya se iba configurando con anterioridad. Mención especial también merecen los hallazgos del autor en cuanto a la tensión entre indigenismo y antiindigenismo en el martinato. Hay una coherencia interna entre el etnocidio del 32 y un indigenismo turístico, que se configura desde el poder y el cual sirve, por otra parte, para forjar una política de la cultura.

La perspectiva de análisis abierta en este libro sobre el martinato, permite ver las características de la modernización autoritaria en El Salvador. “Armas y letras” se llama uno de los capítulos, que también podría llamarse “Ilustración y balas”. La modernidad se impone en Latinoamérica mediante la modernización de una sociedad supuestamente atrasada (por factores raciales, como en *Civilización y barbarie* de Sarmiento) y amenazada por el fantasma del comunismo. Así, la acción providencial de una élite ilustrada coludida con un “hombre fuerte” como Martínez permitiría enderezar el rumbo de la barbarie a la civilización ilustrada mediante la represión y la “normalización” del indigenismo.



Los ensayos que conforman este libro unen dos aspectos: el arqueológico y el crítico. En lo tocante al aspecto arqueológico, el autor emprendió una acuciosa investigación en fuentes bibliográficas y hemerográficas del período, lo cual nos lleva al aspecto crítico: estos hallazgos posibilitan poner en duda, o al menos, matizar ciertas apreciaciones sobre los aspectos culturales del martinato.

Uno de los aspectos más interesantes y polémicos del libro es el aval de algunos intelectuales salvadoreños —con Salarrué a la cabeza— y latinoamericanos —como es el caso de Gabriela Mistral— a la política cultural del dictador. También lo es la determinación de la fuente bibliográfica de la que proviene la expresión “El Salvador, Pulgarcito de América” (Julio Enrique Ávila y no Gabriela Mistral).

En esta investigación se puede apreciar que las ideologías tienen muchos matices y que no se pueden delimitar esquematizadamente. Así como hay un antiimperialismo de izquierda, que es el que mueve a Farabundo Martí a unirse a la lucha de Sandino contra las tropas estadounidenses, también hay un antiimperialismo de derecha, el que motiva, según lo documenta Lara Martínez, a que los dos artífices de la represión del 32, Hernández Martínez y Tomás Calderón, expresen abiertamente su apoyo a Sandino.

Que las ideas y que los hechos admitan muchos matices, que la realidad sea multiforme y que se escape de las categorizaciones rígidas, es algo que se advierte en este volumen. Con seguridad, es ya una fuente importante de uno de los períodos más oscuros (y oscurecidos) de la historia de El Salvador.



PALABRAS LIMINARES

Resulta sintomático de la manera en que se escribe la historia nacional salvadoreña, lo selectivo que suelen ser las fuentes documentales primarias. La historia se convierte en una materia flexible y maleable al antojo del presente, el cual la emplea para propósitos políticos en boga. Adaptar lo desconocido a lo familiar, el pretérito a lo actual, precisa al instante la verdad de lo dicho.

Interesa producir el asombro y la convicción que seduce al público lector u observador de imágenes. El cuadro íntegro del pasado se halla ante sí, sin ningún disfraz ni encubrimiento. Al evaluar esta adaptación importa lo arbitrario de las fuentes primarias que sirven a la recreación actual del pasado. *Lo normal* es hablar de un régimen ocultando la documentación primordial de su legado en el rubro de la política de la cultura.

El libro que el lector hojea entre las manos no pretende nada más que revelar una veta inexplorada de la historiografía salvadoreña, documentos oficiales de la presidencia del general Maximiliano Hernández Martínez (1931-1934, 1935-1944). Su ausencia en las investigaciones más avanzadas confiesan un síntoma expreso, el silencio adrede y voluntario, que rige la conciencia histórica actual. Se trata de un tribunal bastante injusto, ya que le niega la palabra al acusado.

Al respecto, existe un sano debate sobre la revuelta de 1932, sobre su organización y liderazgo, y sobre su represión. Pero esta afán por descubrir los movimientos sociales no se traslada aún hacia un rigor semejante en el estudio de la producción cultural, ni hacia el enlace entre el arte y la política. La historiografía sigue obrando como si la nacionalidad salvadoreña se recortara en dos extremidades sin comunicación.

A un lado, existe lo histórico —economía, sociedad y política— al otro, lo etéreo y hermoso, mito, arte y literatura. En la primera esfera viven los

“hombres públicos”; en la segunda, reclusos en su fantasía, los artistas. Entre el reino de este mundo y el del arte, no habría cabida a ningún enlace. Este terreno baldío se extiende tan amplio como un desierto despoblado por una razón muy sencilla.

Los estudios sobre 1932 y el martinato borran —reitero quizás adrede— las fuentes primarias del régimen, ante todo, las que describen el apoyo absoluto que recibe el general Martínez *de todos* los intelectuales salvadoreños a su proyecto cultural de nación. El cuadro en mural divide a un régimen militar y opresor de los intelectuales teósofos y alucinados en sus divagaciones imaginarias. Así, en un mismo gesto contradictorio se declara: “yo acuso al general de dictador, a la vez que defendiendo su legado cultural para la reforma actual”.

No obstante, esta idea de escisión entre la política y el arte la niegan las revistas culturales de la época, al igual que la documentación primaria del régimen del general Martínez que el presente libro rescata del olvido. No existiría separación entre el arte y la política; habría consonancia absoluta entre lo *material* y lo *espiritual*.

El término que los unifica aparece en el *Boletín de la Biblioteca Nacional* en 1933: “política de la cultura”. Por esta noción que el presente envidiaría, el general Martínez recibe el apoyo incondicional de todos —absolutamente todos— los intelectuales salvadoreños, aún de la red intelectual masferreriana, e incluso de movimientos revolucionarios extranjeros, como el sandinismo.

Para hilar esta única red de intelectuales teósofos, sirva como ejemplo sencillo que el hermano de la mejor poetisa salvadoreña del siglo XX, Claudia Lars, el tocayo del general, Max. Brannon desempeña altos cargos políticos. Antes de toda afinidad de pensamiento teosófico, existen filiaciones familiares que al presente oculta. Luis Alfredo Cáceres Madrid, Miguel Ángel Espino, Francisco Gavidia, el Grupo Masferrer y la viuda del maestro, Claudia Lars, José Mejía Vides, Salarrué, etc. apoyan el quehacer estatal por fundar una cultura nacional basada en el rescate artístico del indigenismo.

A ellos se une el padre de César Augusto Sandino quien reconoce en el general

Martínez un artífice de la paz en Centro América. La paradoja que la actualidad elude es obvia y espinosa. Por un tiempo, Farabundo Martí lucha al lado de Sandino y luego se rebela contra el gobierno salvadoreño. Pero luego de 1932, su padre y sus seguidores que viven en El Salvador favorecen la propuesta nacionalista teosófica, indigenista y anti-comunista del martinato.

Lo mismo sucede con el pensamiento del único intelectual salvadoreño que denuncia la masacre de 1932, el de Alberto Masferrer. A la muerte del maestro, el año siguiente de 1933, su esposa recibe un estipendio oficial, se funda el Grupo Masferrer que desarrolla una agenda indigenista en música, danza y teatro, la cual refrenda la unidad cultural del régimen en vigor.

Sin este apoyo cultural sería incomprendible que el gobierno se mantuviera por tantos años. A la tesis de una represión sin precedente en 1932, el libro que el lector ojea añade el apoyo del arte y de la literatura indigenistas, de los círculos teosóficos, de los sandinistas y de los primeros masferrerianos al proyecto de “política de la cultura” que propone el martinato. La documentación primaria está debidamente citada para mostrar el testimonio histórico aún vigente.

La resistencia a mi tesis —la reitero— es simple. “Denuncio la represión de 1932 y la dictadura del general Martínez, con el objetivo de eximir a quienes lo apoyan intelectualmente; ellos son los cimientos de la cultura del cambio actual: los intelectuales del martinato”. Este doble rostro —denuncia de un régimen; defensa de su cultura nacional— el presente lo vive como flagrante contradicción que oculta sus raíces históricas. La actualidad de la transformación social defiende la cultura indigenista, nacionalista y popular de un gobierno que acusa de dictatorial. En nombre de Goya (1776-1828), ¡viva el disparate! “Defiendo la cultura de Martínez sin Martínez” para que, en materia de política de la cultura, el cambio prometido de la izquierda sea la eterna repetición de lo mismo.



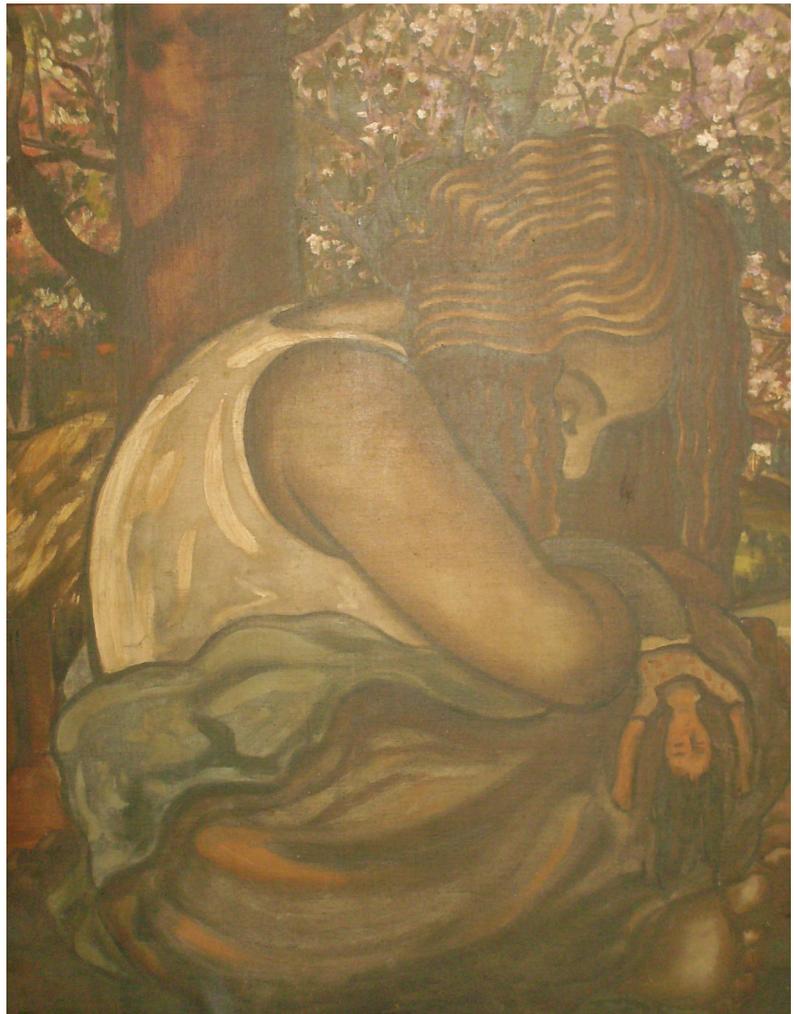
AGRADECIMIENTOS

De nuevo agradezco la aprobación de la Universidad Don Bosco por publicar la presente obra, así como la labor artística de Melissa Beatriz Méndez Moreno en el diseño original del libro. Hasta la ciudad de San Salvador, a todos ellos les remito mis mejores reconocimientos para que las flores del nopal broten, en todo su colorido, en Comala y en el trópico montañoso. Que el agave milenario se alce en las colinas de Cuzcatlán y de Aztlán...

RLM, Desde Comala siempre...



Obsequio del pintor José Mejía Vides a su amigo y colega teósofo general Maximiliano Hernández Martínez



“La muñeca rota (1936)” de Salarrué (Obsequio del autor a su amigo y colega teósofo general Maximiliano Hernández Martínez)

